

Pero estos detalles constituirían por sí solos materia para una extensa obra en la cual se pesarian las ventajas y los inconvenientes de todo gobierno en relación con los derechos naturales, y en donde se revelarían todas las diferentes fases bajo las cuales se ha mostrado la desigualdad hasta nuestros días y bajo las cuales pueda mostrarse en los siglos venideros, según la naturaleza de estos gobiernos y las revoluciones que el tiempo determinará ineludiblemente. Veríase á la multitud oprimida por dentro por efecto de las mismas precauciones tomadas en defensa de lo que la amenazaba de fuera; veríase á la opresión acrecentarse continuamente sin que los oprimidos pudiesen jamás saber cuál sería su término ni qué medio legítimo quedábales para detenerla; veríanse los derechos de los ciudadanos y las libertades nacionales extinguirse poco á poco y considerarse como rumores sediciosos las reclamaciones de los débiles; la política restringiendo á una porción de mercenarios del pueblo el honor de defender la causa común, surgiendo de allí la necesidad de los impuestos; veríase al agricultor abatido abandonar su campo, aun durante la paz, y dejar el arado para ceñirse la espada; el nacimiento de las funestas y extravagantes reglas del pundonor; á los defensores de la patria convertirse, tarde ó temprano, en sus enemigos, teniendo sin cesar el puñal levantado sobre sus conciudadanos, y venir un tiempo en que se les oiría decir al opresor de su mismo país:

*Pectore si fratris gladium juguloque parentis
Condere me jubeas, gravidæque in viscera partu
Conjugis, invita peragam tamen omnia dextra.*

LUCAN, lib. I, v. 376.

De la extrema desigualdad de las condiciones y de las fortunas, de la diversidad de las pasiones y de los talentos,

de las artes inútiles, de las artes perniciosas, de las ciencias frívolas, formaríanse multitud de prejuicios igualmente contrarios á la razón, á la felicidad y á la virtud. Se vería á los jefes fomentando todo lo que puede tender á debilitar la unión entre los hombres; sembrando el germen de división real en todo lo que puede dar á la sociedad un aire de concordia aparente; en todo lo que puede inspirar á las diferentes clases la desconfianza y el odio mutuos, por medio de la oposición de sus derechos y de sus intereses, y fortificando, por consecuencia, el poder que abarca á todos.

Del seno de estos desórdenes y de estas revoluciones, el despotismo, elevando por grados su horrible cabeza y devorando todo cuanto hubiera percibido de bueno y de sano en todas las partes del Estado, llegaría por fin á hollar con sus plantas las leyes y el pueblo, y establecerse sobre las ruinas de la república. Los tiempos que precederían á este último cambio, serían de confusión y de calamidades, pero al fin, devorado todo por el monstruo, los pueblos no tendrían ya ni jefes ni leyes, sino solamente tiranos. Desde ese instante cesarían también las costumbres y la virtud, pues en todas partes en donde reina el despotismo, *cui ex honesto nulla est spes*, no hay ni probidad ni deber que consultar ante su voz, ya que la más ciega obediencia es la única virtud que queda á los esclavos.

Es este el último término de la desigualdad y el punto extremo que cierra el círculo tocando el de donde partimos. Aquí todos los individuos conviértense en iguales, porque no son nada, pues no teniendo los esclavos otra ley que la voluntad del amo, ni éste otra regla que sus pasiones, las nociones del bien y los principios de justicia desvanécense incesantemente. Aquí todo lleva á la impo-

sición de una sola ley : la del más fuerte, y por consiguiénte á un nuevo estado natural diferente del primitivo, puesto que mientras el uno representa la naturaleza en toda su pureza, el otro es el fruto de un exceso de corrupción. Hay, además, tan poca diferencia entre estos dos estados y tan disuelto se halla el gobierno por el despotismo, que el déspota es amo solamente mientras es el más fuerte, pues tan pronto como pueden expulsarlo, no tiene derecho á reclamar contra la violencia. El motín que acaba por extrangular ó destronar un sultán es un acto tan jurídico como aquellos por los cuales él disponía la vispera de las vidas y de los bienes de sus vasallos. La fuerza únicamente lo sostenía ; la fuerza lo derriba. Todas las cosas suceden así según el orden natural, y cualquiera que sea el resultado de estas cortas y frecuentes revoluciones, nadie puede quejarse de la injusticia de los otros, sino solamente de su propia imprudencia ó de su desgracia.

Descubriendo y siguiendo de esta suerte los olvidados y perdidos derroteros que del estado natural han debido conducir al hombre al estado civilizado ; restableciendo con las condiciones intermediarias que acabo de exponer, las que la premura del tiempo me ha hecho suprimir, ó que la imaginación no me ha sugerido, todo lector atento no podrá menos que sorprenderse al considerar el inmenso espacio que separa estos dos estados. En esta lenta sucesión de las cosas, se verá la solución de una infinidad de problemas de moral y de política que los filósofos no pueden resolver. Se comprenderá que el género humano de una edad no es el mismo que el de otra, á la vez que la razón por la cual Diógenes no encontraba un hombre, pues buscaba entre sus contemporáneos el hombre de una época que ya no existía. Catón, se dirá, pereció

con Roma y la libertad, porque vivió en un siglo que no era el suyo ; y el más grande de los hombres no hizo más que asombrar el mundo que hubiera gobernado quinientos años antes. En una palabra, se explicará por qué el alma y las pasiones humanas, modificándose insensiblemente, cambian por decirlo así de naturaleza ; por qué nuestras necesidades y nuestros placeres cambian de objetivo á la larga ; por qué eliminándose gradualmente el hombre original, la sociedad no ofrece á los ojos del sabio más que un conjunto de hombres artificiales y de pasiones ficticias que constituyen la obra de todas estas nuevas relaciones y que no tienen ningún verdadero fundamento en la naturaleza. Lo que la reflexión nos enseña, la observación nos la confirma perfectamente : el hombre salvaje y el hombre civilizado difieren tanto en sus sentimientos y en sus inclinaciones, que lo que hace la felicidad suprema en uno reduciría al otro á la desesperación. El primero no respira más que por el reposo y la libertad ; desea sólo vivir y permanecer ocioso, sin que la misma ataraxia del estóico pueda igualarse á su profunda indiferencia por todo. Por el contrario, el ciudadano, siempre activo, suda, se agita, se atormenta sin cesar en busca de ocupaciones más laboriosas siempre ; trabaja hasta la muerte, corre, si se quiere, tras ella para colocarse en estado de vivir, ó renuncia á la vida para alcanzar la inmortalidad ; obsequia á los grandes que odia y á los ricos que desprecia, sin excusar ningún medio para alcanzar el honor de servirles ; jáctase orgullosamente de su bajeza y de la protección que recibe, y ufano de su esclavitud, habla con desdén de los que no tienen el honor de compartirla. ¡Qué espectáculo para un caribe el de los penosos trabajos y envidias de un ministro europeo ! ¡ Cuántas muertes crueles no preferiría este

indolente salvaje al horror de una vida semejante, que á menudo no es dulcificada ni siquiera por el placer de hacer el bien ! Pero, para poder comprender ó apreciar el fin de tantos cuidados é inquietudes, sería preciso que las palabras *poder* y *reputación* tuviesen algún sentido en su espíritu ; que supiese que hay una clase de hombres que tienen en mucho las miradas del resto del universo, que se consideran más dichosos y están más contentos de sí mismos con la aprobación de los demás que con la suya propia. Tal es, en efecto, la verdadera causa de todas estas diferencias : el salvaje vive en él mismo ; el hombre sociable, siempre fuera de sí, no sabe vivir más que en la opinión de los otros, de cuyo juicio, por decirlo así, extrae el sentimiento de su propia existencia. No es mi objeto demostrar cómo de tal disposición nace tanta diferencia por el bien como para el mal, con tan bellos discursos de moral ; cómo, reduciéndose todo á las apariencias, conviértese todo en ficticio y ridículo, honor, amistad, virtud y á menudo hasta los mismos vicios, de los cuales se encuentra al fin el secreto de gloriarse ; cómo, en una palabra, preguntando siempre á los demás lo que somos, y no atreviéndonos jamás á interrogarnos á nosotros mismos, en medio de tanto filósofo, de tanta humanidad, de tanta cortesanía y de tantas máximas sublimes, no tenemos sino un exterior engañoso y frívolo, honor sin virtud, razón sin sabiduría y placer sin dicha. Bástame haber probado que éste no es el estado original del hombre, y que sólo el espíritu de la sociedad y la desigualdad que ésta engendra son las causas que cambian y alteran así todas nuestras inclinaciones naturales.

He procurado exponer el origen y el progreso de la desigualdad, el establecimiento y el abuso de las sociedades políticas, hasta donde es posible deducir tales cosas

de la naturaleza humana, é independientemente de los dogmas sagrados que dan á la autoridad soberana la sanción del derecho divino. De lo expuesto se deduce que, siendo la desigualdad casi nula en el estado natural, su fuerza y su crecimiento provienen del desarrollo de nuestras facultades y del progreso del espíritu humano, convirtiéndose al fin en estable y legítima por medio del establecimiento de la propiedad y de las leyes.

Infírese ; además, que la desigualdad moral, autorizada por el solo derecho positivo, es contraria al derecho natural, toda vez que no concurre en la misma proporción con la desigualdad física ; distinción que determina suficientemente lo que debe pensarse á este respecto, de la clase de desigualdad que reina entre todos los pueblos civilizados, ya que es manifiestamente contrario á la ley natural, cualquiera que sea la manera como se la define, el que un niño mande á un anciano, que un imbécil conduzca á un sabio y que un puñado de gentes rebose de superfluidades mientras la multitud hambrienta carezca de lo necesario.

NOTAS

(a) Refiere Herodoto que después del asesinato del falso Esmerdis, habiéndose congregado los siete libertadores de Persia para deliberar acerca de la forma de gobierno que deberían dar al Estado, Otanes opinó decididamente por la república ; opinión tanto más extraordinaria en la boca de un sátrapa, cuanto que además de la pretensión que podía tener al imperio, los grandes temen más que á la muerte una forma de gobierno que los obligue á respetar los hombres. Otanes, como bien puede creerse, no fué escuchado, y viendo que iban á proceder á la

elección de un monarca, él, que no quería ni obedecer ni mandar, cedió voluntariamente á los otros concurrentes su derecho á la corona, pidiendo por toda compensación ser libre é independiente, tanto él como su posteridad, lo cual le fué acordado. Aun cuando Herodoto no nos instruyese acerca de la restricción puesta á tal privilegio, sería preciso suponerla; de otro modo Otanes, no reconociendo ninguna ley ni teniendo que rendir cuenta á nadie de sus acciones, habría sido omnipotente en el Estado y más poderoso que el rey mismo. Pero no había probabilidad de que un hombre capaz de contentarse, en caso semejante, con tal privilegio, llegase á abusar de él. En efecto, jamás se vió que este derecho ocasionara el menor desorden ó disensión en el reino, ni por causa del sabio Otanes, ni por ninguno de sus descendientes.

(b) Desde mis primeros pasos apóyome con confianza en una de esas autoridades respetables para todos los filósofos, por provenir de una razón sólida y sublime que sólo ellos saben escudriñar y sentir.

« Cualquiera que sea el interés que tengamos en conocernos á nosotros mismos, no sé si conocemos mejor todo lo que no forma ó constituye parte de nuestro individuo. Provistos por la naturaleza de órganos destinados únicamente á nuestra conservación, no los empleamos más que en percibir las impresiones exteriores; no procuramos más que exteriorizarnos y existir fuera de nosotros. Demasiado ocupados en multiplicar las funciones de nuestros sentidos y en aumentar la dilatación exterior de nuestro ser, raramente hacemos uso de ese sentido interior que nos reduce á nuestras verdaderas dimensiones y que separa de nosotros todo lo que no nos toca ó afecta de alguna manera. Es, sin embargo, de ese sentido del cual debemos servirnos si queremos convencernos, y

el único por medio del cual podemos juzgarnos. Mas, ¿ cómo dar á este sentido su actividad y toda su extensión? ¿ Cómo desprender nuestra alma, en la cual reside, de todas las ilusiones de nuestro espíritu? Hemos perdido la costumbres de emplearlas, dejándola sin ejercicio en medio del tumulto de nuestras sensaciones corporales; la hemos consumido por el fuego de nuestras pasiones: el corazón, el espíritu, los sentidos, todo ha trabajado contra ella. » (Hist. Nat. de la Naturaleza del hombre.)

(c) Las modificaciones que el prolongado uso de andar en dos pies ha podido producir en la conformación del hombre, las relaciones que se observan todavía entre sus brazos y las piernas anteriores de los cuadrúpedos, y la introducción sacada de su manera de andar, han hecho surgir dudas respecto á la que debía sernos la más natural. Todos los niños comienzan á andar gateando, teniendo necesidad de nuestro ejemplo y de nuestras lecciones para aprender á tenerse de pie. Hay aún naciones salvajes, tales como los hotentotes, que, cuidándose poco de los hijos, los dejan andar con las manos tanto tiempo, que después cuéstaes trabajo hacerlos enderezar. Otro tanto acontece con los hijos de los caribes de las Antillas. Cuéntase diversos ejemplos de hombres cuadrúpedos, pudiendo entre otros citar el del niño que fué encontrado, en 1344, cerca de Hesse, que había sido alimentado por lobos, y el cual decía después, en la corte del príncipe Enrique, que si de él hubiese dependido, habría preferido volverse con ellos que vivir entre los hombres. De tal suerte había adquirido el hábito de andar como los animales, que fué preciso atarle pedazos de palo para que se sostuviera de pie y guardase el equilibrio. Sucedió lo mismo con el niño que fué hallado,

en 1694, en las selvas de Lituania, que vivía entre los osos. No daba, dice Condillac, ninguna señal de razón, andaba con los pies y con las manos, no hablaba ningún idioma, produciendo sólo sonidos que en nada se semejaban á los del hombre. El pequeño salvaje de Hanover, que fué llevado hace muchos años á la corte de Inglaterra, con las mayores penas del mundo lograba sostenerse y caminar con los pies. Encontróse también, en 1719, otros dos salvajes en los Pirineos, los cuales corrían por las montañas al igual de los cuadrúpedos. En cuanto á lo que podría objetarse respecto á la privación de las manos, cuyo uso nos proporciona tantas ventajas, además de que el ejemplo de los monos demuestra que éstos pueden perfectamente emplearse para ambos fines, ello probaría solamente que el hombre puede dar á sus miembros un destino más cómodo que el indicado por la naturaleza y no que ésta le ha destinado á andar de manera diferente á la que le enseña.

Pero hay, así me parece, mejores razones que aducir en sostenimiento de que el hombre es bípedo. Primeramente, aun cuando se quisiera hacer ver que ha sido configurado de manera distinta de la que tiene, y que sin embargo ha llegado á ser lo que es, tal cosa no bastaría para sacar en conclusión que así ha ocurrido, toda vez que, después de haber demostrado la posibilidad de estas modificaciones, sería preciso, aun antes de admitirlas, probar al menos su verosimilitud. Además, si aceptable es que los brazos del hombre han podido servirle de piernas en caso de necesidad, también es cierto que esta es la única observación favorable á tal sistema, sobre un gran número de otras que le son contrarias. Las principales son: que la manera como está colocada la cabeza del hombre, en vez de dirigir su vista horizontalmente, como

lo hacen los demás animales y como él mismo andando de pie, la habría tenido, caminando á gatas, constantemente fija en la tierra, situación muy poco favorable á la conservación del individuo; que la cola de que carece, de ningún servicio, al andar como anda, en dos pies, es útil á los cuadrúpedos, y de la cual ninguno de ellos esté privado; que el seno de la mujer, muy bien situado para un animal bípedo, que lleva el hijo en sus brazos, lo está tan mal para un cuadrúpedo, que ninguno de ellos lo tiene en esta forma; que siendo de una altura excesiva la parte posterior, en proporción á las piernas delanteras, al estar en cuatro pies, estaríamos obligados á andar con las rodillas, resultando un animal, en conjunto, mal proporcionado y con muy poca comodidad para caminar; que si hubiese colocado el pie de plano, como la mano, habría tenido en la pierna posterior una articulación de menos que los otros animales, ó sea la que une el peroné con la tibia, y que colocando sólo la punta del pie, como habría estado, sin duda, constreñido á hacer, el tarso, sin hablar de la pluralidad de huesos que lo componen, parecería demasiado grueso para reemplazar el peroné, y sus articulaciones con el metatarso y la tibia demasiado unidas para dar á la pierna humana, en esta situación, la misma flexibilidad que tienen las de los cuadrúpedos. El ejemplo de estos niños, tomados en una edad en que las fuerzas naturales no están todavía desarrolladas ni los miembros fortalecidos, no prueba nada absolutamente, ya que equivaldría lo mismo decir que los perros no están estinados á andar, porque durante algunas semanas después de haber nacido no hacen más que arrastrarse. Los hechos particulares tienen poca fuerza contra la práctica universal de los hombres, y aun de las naciones que, no habiendo tenido ninguna comunicación con las otras, no

podieron imitar nada de ellas. Un niño abandonado en una selva antes de poder caminar, y alimentado por una bestia, seguirá el ejemplo de su nodriza ejercitándose á andar como ella, dándole la costumbre facilidades que no había adquirido de la naturaleza; y de la misma manera que los mancos llegan, á fuerza de ejercicios, á hacer con los pies todo cuanto nosotros hacemos con las manos, así el niño llega á poder emplear las manos como los pies.

(d) Si se encontrase entre mis lectores algún físico bastante malo para hacerme objeciones respecto á la suposición de esta fertilidad natural de la tierra, le contestaré con el siguiente párrafo:

« Como los vegetales absorben para su sustento mayor cantidad de substancias del aire y del agua que de la tierra, resulta que al podrirse devuelven á la tierra más de la que han extraído; además, una selva determina ó atrae la lluvia deteniendo los vapores. Así, en un bosque que se conservase por mucho tiempo intacto y bien, la capa de tierra que sirve para la vegetación aumentaría considerablemente, pero como los animales devuelven á la tierra menos de lo que de ella extraen, y los hombres consumen cantidades enormes de madera y de plantas, ya para el fuego ya para otros usos, resulta que la capa de tierra vegetal de un país habitado debe constantemente disminuir hasta convertirse al fin como el terreno de la Arabia Petrea y como el de tantas otras provincias del Oriente, en cuyos climas siendo, en efecto, el más antiguamente habitado, no se encuentra más que sal y arena, pues todas las demás partes ó componentes se volatilizan. » (HIST. NAT., *Pruebas de la teoría de la tierra*, art. 7.)

Puede añadirse á lo anterior la prueba irrefutable de la cantidad de árboles y de plantas de toda especie de que

estaban llenas casi todas las islas desiertas que se han descubierto en estos últimos siglos, y la que la historia nos presenta respecto de las inmensas selvas que ha sido preciso derribar en toda la tierra á medida que se ha poblado y civilizado. Con relación á esto podría hacer aún las tres observaciones siguientes: la primera, que si hay una especie de vegetales que pueden compensar la merma de dicha materia ocasionada por los animales, según el razonamiento de Buffón, son particularmente los bosques cuyas cimas reunen y se apropian mayor cantidad de agua y de vapores que las demás plantas; la segunda, que la destrucción del suelo, es decir, la pérdida de la substancia propia á la vegetación, debe acelerarse á medida que la tierra es más cultivada y que los habitantes, más industriosos, consumen en mayor abundancia sus diferentes productos, y la tercera y más importante, es que los frutos de los árboles proporcionan al animal una alimentación más abundante que los otros vegetales; experiencia llevada á cabo por mí mismo, comparando los productos de dos terrenos iguales en extensión y en calidad, cubierto el uno de castaños y el otro sembrado de trigo.

(e) Entre los cuadrúpedos, las dos distinciones más universales de las especies voraces consisten, la una, en la forma ó figura de los dientes, y la otra, en la conformación de los intestinos. Los animales que sólo se alimentan con vegetales tienen todos los dientes planos, como el caballo, el buey, el carnero, la liebre; en tanto que los carnívoros los tienen puntiagudos, como el gato, el perro, el lobo, el zorro. En cuanto á los intestinos, los animales frugívoros tienen algunos como el colón, de que carecen los voraces. Parece, pues, que el hombre, teniendo los dientes y los intestinos como los tienen los animales

frugívoros, debería naturalmente ser incluido en esta clasificación, confirmando esta opinión no solamente las observaciones anatómicas, sino también las obras ó escritos de la antigüedad, las cuales le son muy favorable.

« Dicearco, dice San Jerónimo, narra en sus libros sobre *Antigüedades griegas*, que bajo el reinado de Saturno, cuando la tierra era todavía fértil por sí misma, ningún hombre comía carne, sino que todos vivían de las frutas y legumbres que crecían espontáneamente. » (Lib. II, *adv. Jovinian.*) Esta opinión puede ser apoyada por las relaciones de varios viajeros modernos. Francisco Correal, entre otros, afirma que la mayor parte de los habitantes de las Lucayas, que los españoles transportaron á las islas de Cuba, de Santo Domingo y otras, murieron á consecuencia de haber comido carne. Por esto puede verse que paso por alto muchas razones que podría hacer valer en comprobación de mi aserto, ya que, siendo la presa el único motivo de lucha entre los animales carnívoros y viviendo los frugívoros en continua paz, si la especie humana perteneciese á este último género, es claro que habría tenido muchas más facilidades para subsistir en el estado primitivo y muchas menos necesidades y ocasiones de salir de él.

(f) Todos los conocimientos que exigen reflexión, todos los que no se adquieren sino por medio del encadenamiento de las ideas y que sólo se perfeccionan sucesivamente, parecen estar enteramente fuera del alcance ó comprensión del hombre salvaje, falto de comunicación con sus semejantes, es decir, falto del instrumento que sirve para esta comunicación y de las necesidades que la hacen indispensable. Su saber y su industria se limitan á saltar, á correr, batirse, lanzar piedras y escalar los ár-

boles. Pero si no conoce más que estas cosas, en cambio las conoce mucho mejor que nosotros que no tenemos la misma necesidad de ellas que él; y como las mismas dependen únicamente del ejercicio del cuerpo y no son susceptibles de ninguna comunicación ni de ningún progreso de un individuo á otro, el primer hombre pudo ser tan hábil como el último de sus descendientes.

Las narraciones de los viajeros están llenas de ejemplos de la fuerza y del vigor de los hombres en las naciones bárbaras y salvajes, en las cuales hacen no poco alarde de su destreza y agilidad; y como no es preciso más que tener ojos para observar estas cosas, nada impide que se dé crédito á lo que certifican, al respecto, testigos oculares. Presento al azar algunos ejemplos sacados de los primeros libros á la mano.

« Los hotentotes, dice Kolben, entienden mejor la pesca que los europeos del Cabo. Su habilidad es igual á la de una red, á la del anzuelo, á la del dardo, lo mismo en las ensenadas que en los ríos. Cogen con no menos habilidad los peces con la mano. Tienen una destreza incomparable para la natación. Su manera de nadar tiene algo de sorprendente y que les es enteramente peculiar. Nadan conservando el cuerpo recto y las manos extendidas fuera del agua, de tal suerte, que parece que anduvieran en tierra. Cuando más agitado se halla el mar, cuando el flujo y reflujo forman como una especie de montaña, danzan, hasta cierto punto, sobre la superficie de las ondas, subiendo y descendiendo como un pedazo de corcho.

« Los hotentotes, continúa el mismo autor, tienen una destreza maravillosa en la caza, y su ligereza para correr, traspasa los límites de lo creíble. » Se extraña que no hagan más á menudo mal uso de su agilidad, aunque así acontece algunas veces, como puede juzgarse por el si-

guiente ejemplo que presenta. « Un marinero holandés, al desembarcar en el Cabo, encargó, dice, á un hotentote de seguirle á la ciudad con un rollo de tabaco de unas veinte libras aproximadamente. Cuando estuvieron ambos á alguna distancia del sitio donde había gente, el hotentote preguntó al marinero si sabía correr. ¿ Correr? — respondió el holandés, — sí, y muy bien. — Veamos, — replicó el africano, y huyendo con el tabaco, desapareció casi instantáneamente. El marinero, confundido de tan maravillosa rapidez, no pensó siquiera en perseguirle, no volviendo á ver más ni al hotentote ni á su tabaco. »

« Tienen una vista tan perspicaz y la mano tan certera, que los europeos no le semejan en nada. A cien pasos de distancia harían blanco con una piedra en un objeto del tamaño de un medio centavo¹; y lo que hay de más sorprendente aún es que, en vez de fijar como nosotros los ojos en el blanco, ejecutan movimientos y contorsiones continuos. Parece como que su piedra fuese dirigida por una mano invisible. »

El padre del Tertre dice, más ó menos, acerca de los salvajes de las Antillas, lo mismo que acabo de citar con relación á los hotentotes del Cabo de Buena Esperanza. Pondera sobre todo su precisión en disparar sus flechas sobre los pájaros volando y sobre los peces, que cogen en seguida zambulléndose. Los salvajes de la América Septentrional no son menos célebres por su fuerza y destreza que los anteriores. He aquí un ejemplo que servirá para juzgar las de los indios de la América Meridional.

Habiendo sido condenado á galeras en Cádiz, el año

1. Pequeña moneda de cobre en Francia, de las dimensiones de un franco aproximadamente. — (Nota del traductor.)

1746, un indio de Buenos Aires, propuso al gobernador comprar su libertad exponiendo la vida en una fiesta pública. Prometió que atacaría solo, sin otra arma en la mano que una cuerda, al toro más furioso, que lo echaría por tierra, que lo amarraría con ella por la parte del cuerpo que se le indicara, que lo ensillaría, lo embridaría, lo montaría y que montado, combatiría con otros dos toros de los más valientes que hicieran salir del toril, matándolos todos uno después de otro en el instante que le fuese ordenado y sin auxilio de nadie; lo cual le fué acordado. El indio sostuvo su palabra cumpliendo todo cuanto había prometido. Respecto á la manera como lo hizo y demás detalles del combate, puede consultarse el tomo primero de las *Observaciones sobre la Historia Natural*, de M. Gautier, de donde se ha copiado este hecho, pág. 262.

(g) « La duración de la vida de los caballos, dice Buffón, es, como en todas las demás especies de animales, proporcional á la duración del tiempo de su crecimiento. El hombre, que crece hasta los catorce años, puede vivir seis ó siete veces otro tanto, es decir noventa ó cien años; el caballo, cuyo crecimiento se efectúa en cuatro, puede vivir también seis ó siete veces más, es decir, veinticinco ó treinta años. Los casos contrarios á esta regla son tan raros, que no debe siquiera considerárseles como una excepción, de la cual puedan deducirse razonadas consecuencias; y como los caballos corpulentos crecen en menos tiempo que los de raza fina, viven también menos, siendo viejos á la edad de quince años. » (*Hist. Nat.*, del caballo.)

(h) Creo observar entre los animales carnívoros y los frugívoros, otra diferencia más general aún que la señalada en la nota (e), puesto que ésta se hace extensiva hasta á los pájaros. Ella consiste en el número de los pe-

queñuelos, que no excede jamás de dos en cada nidada en las especies que sólo viven de vegetales, y que ordinariamente traspasa ese número en los animales voraces. Es fácil conocer á este respecto, el destino dado por la naturaleza á cada especie, el cual es sólo de dos en las hembras frugívoras, como la yegua, la vaca, la cabra, la cierva, la oveja, etc., y de seis ú ocho siempre en las otras hembras, como la perra, la gata, la loba, la tigre, etc. La gallina, la pata, la ánade, que son aves voraces, como el águila, el gavilán, la lechuza, ponen y empollan un gran número de huevos, lo que jamás ocurre á la paloma, á la tórtola ni á los pájaros que no comen absolutamente más que granos, que sólo ponen y empollan dos á la vez. La razón que puede darse de esta diferencia, es que los animales que sólo viven de hierbas y de plantas, permaneciendo casi todo el día dedicados á buscarse la comida y obligados, por consiguiente, á emplear más tiempo para alimentarse, no podrían dar abasto para amamantar muchos pequeñuelos; en tanto que los voraces, comiendo casi en un instante, pueden más fácilmente y más á menudo ir y volver de la caza, y reparar las pérdidas de tan gran cantidad de leche. Podrían hacerse acerca de estas cuestiones multitud de observaciones y reflexiones especiales, mas no es este el lugar apropiado y me basta haber demostrado en esta parte el sistema que sugiere un nuevo argumento para afirmar que al hombre no debe clasificarse entre los animales carnívoros y sí contarle entre los de la especie frugívora.

(1) Un autor célebre, calculando los bienes y los males de la vida humana y comparando las sumas de ambos, ha encontrado que la última sobrepaja ó excede en mucho á la primera, y que bien examinado todo, ésta es para el hombre un presente suficientemente desagradable. No

me sorprende su conclusión; ya que ella es la consecuencia de investigaciones hechas acerca de la constitución del hombre civilizado, pues si se hubiese remontado hasta el hombre primitivo, sin duda alguna que los resultados obtenidos habrían sido muy diferentes. Habriase dado cuenta de que el hombre no sufre otros males que aquellos que él mismo se proporciona, y de los cuales la naturaleza es irresponsable. No sin gran pena hemos llegado á hacernos tan desgraciados. Cuando se considera de un lado los inmensos trabajos del hombre, tantas ciencias profundizadas, tantas artes inventadas, tantas fuerzas empleadas, abismos salvados, montañas arrasadas, peñascos destruidos, ríos hechos navegables, tierras descuajadas, lagos escavados, pantanos cegados, construcciones enormes elevadas sobre la tierra, el mar cubierto de navíos y de marinos, y del otro investigase con meditación acerca de las verdaderas ventajas obtenidas en beneficio de la especie humana, mediante tantos esfuerzos realizados, no puede uno menos que sorprenderse de la extraordinaria desproporción que reina en tales cosas y deplorar la ceguedad del hombre, el cual, por alimentar y satisfacer su loco orgullo y no sé qué vana admiración de sí mismo, corre impetuosamente tras de tantas miserias de que es susceptible, y de las cuales la bienhechora naturaleza había procurado alejarle.

Los hombres son malos; una triste y continuada experiencia no exime de la prueba; sin embargo, el hombre es naturalmente bueno, según creo haberlo demostrado. ¿Qué puede entonces haberlo depravado hasta tal punto, sino los cambios ó modificaciones efectuadas en su constitución, los progresos realizados y los conocimientos adquiridos? Admírese tanto como se quiera la sociedad humana, no por ello será menos cierto que ella lleva necesariamente

á los hombres á odiarse mutuamente á medida que sus intereses aumentan todos los males imaginables. ¿Qué puede pensarse de un comercio en el cual la razón de cada individuo le dicta máximas directamente opuestas á las que la razón pública predica en el seno de la sociedad, y en donde cada cual busca y encuentra su provecho en el infortunio ó en el detrimento de los demás? No hay quizás un solo hombre acomodado á quien herederos ávidos y á menudo sus propios hijos, no le deseen en secreto la muerte, ni un buque en el mar cuyo naufragio no venga á constituir una agradable noticia para algún comerciante, ni una casa cuyo deudor de mala fe no quisiera verla arder con todos los documentos que contiene; ni un pueblo que no se regocije de los desastres de sus vecinos. Así resulta que nuestras ventajas son en perjuicio de nuestros semejantes y que la pérdida del uno hace casi siempre la prosperidad del otro. Pero lo que hay de más peligroso aún, es que en las calamidades públicas fundan su esperanza y porvenir multitud de particulares: los unos desean enfermedades, otros mayor mortalidad, éstos el hambre, aquéllos la guerra. Yo he visto hombres execrables llorar de dolor ante las probabilidades de un año fértil. El terrible y funesto incendio de Londres, que costó la vida y los bienes á tantos desgraciados, hizo tal vez la fortuna de más de diez mil personas. Sé que Montaigne vitupera al ateniense Demades por haber hecho castigar á un obrero que, vendiendo muy caros los ataúdes, ganaba mucho con la muerte de los ciudadanos; mas la razón que Montaigne alega, diciendo que sería preciso castigar á todo el mundo, no hace más que confirmar las más. Penétrese, pues, á través de nuestras frívolas demostraciones de benevolencia á lo más íntimo de los corazones y reflexiónese acerca de lo que debe ser un estado de cosas

en el cual todos los hombres se hallan obligados á acariarse y á destruirse mutuamente, y en donde nacen enemigos por deber y embusteros por interés. Si se me responde que la sociedad está de tal suerte constituida que cada hombre se beneficia sirviendo á los demás, replicaré que ello sería muy aceptable si no ganase mucho más aún perjudicándolos. No hay ningún beneficio legítimo que no sea excedido por el que puede hacerse ilegítimamente, así como el mal ocasionado al prójimo es siempre más lucrativo que los servicios que pueda proporcionársele. No se trata, pues, más que de encontrar los medios de asegurar la impunidad, en persecución de lo cual, los poderosos emplean todas sus fuerzas y los débiles todas sus astucias.

El hombre salvaje cuando ha comido, hállase en paz con la naturaleza y es amigo de todos sus semejantes. Si alguna vez se trata de disputar los alimentos, no se viene jamás á las manos sin haber antes comparado la dificultad de vencer con la de procurarse en otra parte su subsistencia; y como el orgullo no interviene en lo más mínimo en la pelea, ésta termina con algunos puñetazos: el vencedor come, el vencido se marcha en busca de fortuna, y todo queda pacificado. En el hombre civilizado las circunstancias son otras: trátase primeramente de suministrar lo necesario, después lo superfluo; en seguida vienen los placeres; luego inmensas riquezas, más tarde súbditos, y por último esclavos. Ni un solo momento de descanso. Y lo más singular es que cuanto menos naturales y urgentes son las necesidades, tanto más se aumentan las pasiones y más difícil es poder satisfacerlas; de suerte que después de largas prosperidades, después de haber absorbido multitud de tesoros y arruinado á una gran cantidad de hombres, nuestro héroe acabará por destruir

todo, hasta convertirse en un único amo del universo. Tal es en compendio el cuadro moral, si no de la vida humana, al menos de las secretas aspiraciones del corazón de todo hombre civilizado.

Comparad sin prejuicios el estado del hombre civilizado con el del hombre salvaje, é investigad, si podéis, aparte de su maldad, de sus necesidades y de sus miserias, cuántas puertas ha abierto el primero hacia el dolor y hacia la muerte. Si consideráis los sufrimientos del espíritu que nos consumen, las violentas pasiones que nos aniquilan y nos desolan, los trabajos excesivos que oprimen al pobre, la molicie más peligrosa aún á que los ricos se abandonan, que hacen morir al uno de necesidad y á los otros de exceso; si pensáis en las monstruosas mezclas de alimento, en sus perniciosos condimentos, en los artículos dañados, en las drogas falsificadas, en las bribonadas de los que las venden, en los errores de los que las administran, en el veneno contenido en las vasijas en que se preparan; si ponéis atención y tenéis en cuenta las enfermedades epidémicas engendradas por el aire malsano que despiden las multitudes de hombres hacinados, en las que ocasionan la delicadeza de nuestra manera de vivir, los cambios alternativos de temperatura al salir de nuestras casas, el uso de vestidos puestos ó quitados sin tomar la suficiente precaución, y todos los cuidados que nuestra excesiva sensualidad ha convertido en necesidades habituales y cuya negligencia ó privación nos cuesta la pérdida de la salud ó de la vida; si adicionáis los incendios y los temblores de tierra que, consumiendo ó arruinando ciudades enteras, hacen perecer millares de habitantes; en una palabra, si reunís los peligros que todas estas causas sostienen continuamente levantados sobre nuestras cabezas, comprenderéis cuán caro nos

hace pagar la naturaleza el desprecio con que hemos recibido sus lecciones.

No repetiré aquí lo que acerca de la guerra he dicho en otra parte; pero quisiera que las personas instruidas en la materia se atreviesen á dar al público los detalles de los horrores que se cometen en el ejército por los empresarios de víveres y de hospitales; veríase cómo sus maniobras, no muy ocultas, son causa de que los más brillantes ejércitos queden reducidos á nada, haciendo perecer más soldados que los que mata el fuego enemigo. Otro cálculo no menos sorprendente es el de los hombres, que el mar se traga todos los años, ya por efecto del hambre, del escorbuto, de los piratas, del fuego ó de los naufragios. Es evidente que debe también hacerse responsable á la propiedad establecida, y por consecuencia á la sociedad, de los asesinatos, los envenenamientos, los robos en los caminos, y los castigos mismos de estos crímenes, castigos necesarios para prevenir mayores males pero que no por eso dejan de constituir una doble pérdida para la especie humana, toda vez que la muerte de un hombre cuesta la vida á dos ó más. Cuántos medios vergonzosos se emplean para impedir el nacimiento de hombres y engañar la naturaleza, ya mediante esos brutales y depravados gustos que son un insulto á la más encantadora de sus obras, gustos que ni los salvajes ni los animales conocieron jamás, y que sólo son propios de países civilizados é hijos de imaginaciones corrompidas, ya por esos abortos secretos, dignos frutos del libertinaje y de la deshonra, ya por la exposición ó muerte de una multitud de niños, víctimas de la miseria de sus padres ó de la bárbara vergüenza de sus madres; ya, en fin, por la mutilación de estos desgraciados á quienes se sacrifica parte de su existencia y toda su posteridad ejercitándolos en vanos

cantos, ó lo que es peor aún, entregándolos á la brutal concupiscencia de ciertos hombres, mutilación que, en este último caso, constituye un doble ultraje á la naturaleza, tanto por el trato que reciben los que la sufren, cuanto por el uso á que son destinados.

Pero, ¿no existen miles de casos que se repiten con frecuencia y que son más peligrosos todavía, en donde los derechos paternales ofenden arbitrariamente á la humanidad? ¡Cuántos talentos enterrados y cuántas inclinaciones forzadas por la imprudente violencia de los padres! ¡Cuántos hombres que se habrían distinguido viviendo en un medio adecuado, mueren desgraciados y deshonorados al vivir en otro por el cual no tenían la menor inclinación! ¡Cuántos matrimonios dichosos, pero desiguales, han terminado siendo desgraciados y cuántas castas esposas deshonoradas, por esas mismas causas siempre en contradicción con la naturaleza! ¡Cuántas raras y extravagantes uniones realizadas, cuyo solo móvil ha sido el interés no obstante ser rechazadas por el amor y por la razón! ¡Cuántos esposos nobles y virtuosos ven convertida su existencia en un suplicio á causa de la falta de armonía! ¡Cuántas jóvenes y desgraciadas víctimas de la avaricia de sus padres se hunden en el vicio ó pasan sus tristes días entregadas al llanto y gimiendo bajo el yugo de lazos indisolubles que el corazón rechaza! ¡Felices las que con valor y virtud prefieren la muerte á inclinarse ante la bárbara violencia que les obliga á vivir en el crimen ó en la desesperación! ¡Perdonadme, padres nunca bien sentidos, si exaspero á mi pesar vuestro dolor, mas ojalá puedan ellas servir de eterno y terrible ejemplo á todo el que ose, en nombre de la naturaleza, violar el más sagrado de sus derechos!

Si no he hablado más que de esas uniones mal formadas,

obra de nuestra civilización, no por ello se piense que las que el amor y la simpatía han presidido estén exentas también de inconvenientes. ¡Qué sería si emprendiese la tarea de demostrar que la especie humana atacada desde su base ú origen hasta el más santo de los lazos, no escucha la voz de la naturaleza sin haber antes consultado la fortuna, y que el desorden originado por la civilización, confundiendo la virtud con el vicio, ha convertido la continencia en precaución criminal y la negativa de dar la vida á su semejante en el acto de humanidad! Pero sin desgarrar el velo que cubre tantos horrores, contentémonos con señalar el mal al cual otros deben aportar el remedio.

Añádase á todo esto la gran cantidad de oficios malos que abrevian la existencia ó destruyen el organismo, tales como los trabajos de minas, las diversas preparaciones de metales, de minerales, particularmente la del plomo, la del cobre, la del mercurio, la del cobalto, la del arsénico, la del rejalgar, etc., etc.; y los demás peligrosos que ocasionan la muerte á un considerable número de obreros, entre ellos á los plomeros, á los carpinteros, á los albañiles y á otros que trabajan en las canteras; reúnanse, digo, todas estas causas, y podrá descubrirse en el establecimiento y perfección de las sociedades las razones que motivan la disminución de la especie, observada ya por más de un filósofo.

El lujo imposible de evitar entre los hombres ávidos de comodidades y ansiosos de alcanzar la consideración de los demás, perfecciona en breve el mal comenzado por las sociedades; y so pretexto de aliviar las necesidades de los pobres, que no deberían existir, arruina á todos despoblando tarde ó temprano el Estado.

El lujo es un remedio mucho peor que el mal que pre-

tende curar ; ó más bien, es el peor de todos los males que puedan sobrevenir á cualquiera nación, grande ó pequeña, pues para sostener ó alimentar turbas de servidores y de miserables por él creados, abrumba y arruina al labrador y al ciudadano, á semejanza de esos ardientes vientos del Mediodía que, cubriendo la hierba y la verdura de voraces insectos, arrebatan la subsistencia á animales útiles y llevan el hambre y la muerte á todos los sitios en donde su presencia se hace sentir.

De la sociedad y del lujo que ésta engendra nacen las artes liberales y las mecánicas, el comercio, las letras y todas esas inutilidades que hacen florecer la industria, enriqueciendo y perdiendo á los Estados. La razón de esta decadencia es muy sencilla. Es fácil comprender que, por su naturaleza misma, la agricultura debe ser la menos lucrativa de todas las artes, porque siendo el uso de sus productos el más indispensable para todos los hombres, su precio debe ser también proporcional á los recursos de los más pobres. Del mismo principio puede sacarse esta regla : que en general las artes son lucrativas en razón inversa de su utilidad, y que las más necesarias deben llegar á ser al fin las más descuidadas. Por lo dicho, puede juzgarse de las verdaderas ventajas de la industria y del efecto real que resulta de sus progresos.

Tales son las causas sensibles de todas las miserias á que la opulencia arrastra y precipita al fin las naciones más admiradas. A medida que la industria y las artes se extienden y florecen, el agricultor es despreciado, cargado de impuestos, necesarios para el sostenimiento del lujo, y condenado á pasar su vida entre el trabajo y el hambre, abandona al fin sus campos para ir á las ciudades en busca del pan que debería traer á ellas. Mientras más admiración causen los capitales á los ojos estúpidos del

pueblo, más tendremos que sufrir viendo las campiñas abandonadas, las tierras sin cultivo y los caminos inundados de desgraciados ciudadanos convertidos en mendigos ó en ladrones, destinados á terminar un día su miseria bajo el suplicio de la rueda ó en un estercolero. Así es cómo el Estado, enriqueciéndose de un lado, se debilita y despuebla del otro, y es así cómo las más poderosas monarquías, después de grandes trabajos para hacerse opulentas, acaban por ser presa de naciones pobres que sucumben á la funesta tentación de invadir á las demás, enriqueciéndose y debilitándose á su vez, hasta que son ellas mismas invadidas y destruídas por otras.

Desearíamos que se nos explicasen las causas que hayan podido producir esas invasiones de bárbaros que durante tantos siglos inundaron la Europa, el Asia y el Africa. ¿Fué á la industria de sus artes, á la sabiduría de sus leyes, á la excelencia de su civilización, á lo que se debió esa prodigiosa población? Dignense nuestros sabios decirnos por qué, lejos de multiplicarse, esos hombres feroces y brutales, sin conocimientos, sin freno, sin educación, no se degollaban á cada instante para disputarse el alimento ó la caza. Que nos expliquen cómo esos miserables tuvieron siquiera el atrevimiento de mirarnos cara á cara, á nosotros hábiles como éramos, con una admirable disciplina militar, con magníficos códigos y sabias leyes, y por qué, en fin, desde que la sociedad se ha perfeccionado en los países del Norte y cuando tanto trabajo ha costado enseñar á los hombres el cumplimiento de sus deberes mutuos y el arte de vivir en agradable y apacible compañía, no se ha visto más salir de ellos multitudes semejantes á las que en otros tiempos surgían. Temo que alguien se decida al fin á responderme que todas estas grandes cosas, sabiduría, artes, ciencias y leyes, han sido hábil y pru-